

to en las entradas que hicieron que la tierra en que estaban no era tal como les avian dicho, é que era sin ninguna esperanza de hallar adelante mejor cosa, é que allí donde estaban les avian comenzado á herir la gente é hacerles guerra, é que les avian muerto á un cacique de los que los frayles traian de la Nueva España, é les hirieron á otros compañeros, yendo á beber, y estaban metidos en las lagunas y espesura grande de aquellos boscajes, é dende allí flechaban á quantos allá yban, acordaron los españoles, en fin de los veynte é seys dias, de se partir para Aute.

¿Paréseos, lector, ques buen passatiempo el questos pecadores chripstianos traian? Querria yo que me dixessen qué les predicaron esos frayles é Pamphilo de Narvaez á aquellos españoles que tan ciegos se fueron, dexando sus patrias trás falsas palabras (y por muchos que mueren nunca escarmientan). ¿Quién los avia certificado aver visto aquel oro, que buscaban? ¿Qué pilotos llevaban tan expertos en la navegacion, pues que ni conocieron la tierra, ni supieron dar raçon de dónde estaban? ¿É qué guias é qué intérpretes llevaron? ¡Oh temerario desatino! ¿Qué mayor crimen puede cometer un caudillo que conducir gente á tierra que ni él ni otro de su hueste haya estado en ella? Bien creo yo que se acordó Pamphilo, é más de una vez, de aquel consejo que yo le daba en Toledo. En verdad que yo estoy muchas vezes maravillado é aun enojado destes capitanes, viendo que por una parte son astutos é mañosos é valientes varones, é por otra, aunque han visto muchas cabeças agenas quebradas, en quien podrian aver escarmientado, no temen ni escarmientan de peligro alguno. Y pluguiesse á Dios que los que assi padescen, con solas sus vi-

das pagassen, sin que las ánimas rescibiesen detrimento! Pero yo dubdo de la salvacion de las más, porque ha dias que vivo en estas Indias y he visto que se fundan, por la mayor parte, en esta maldita cobdicia, posponiendo todos los escrúpulos que á sus consciencias serian provechosos é dignos de aceptar. Pues cómo en el prohemio le loé yo á Pamphilo de diestro soldado é despues capitán, raçon es que dé cuenta de él de mí en este caso. Digo que yo he visto muy valientes hombres con la lança ó espada en la mano, que quitados de allí, son de ningun gobierno, y sabria mostrar algunos con el dedo. El pelear es lo de menos, porque rarissimos son los hombres de vergüenza que no peleen, quando conviene á su honra; é más capitanes hay que sepan pelear é mandar á pocos que gobernar un ejército; é más capitanes son los que hay para mandados que para saber mandar. Pamphilo, en tanto que le mandó á él Diego Velazquez, dentro en la isla de Cuba, supo servir é hacer lo que le mandaron. Quando salió de allí é fué á la Nueva España, en el libro XXXIII se puede ver el recabdo que se dió, y en este XXXV leerés cómo acabó su gobernacion.

Pasemos á lo demás: ques cosa que aunque no tiene remedio ni enmienda, tiene alguna parte de aviso, ó le causará esta relacion, para los venideros capitanes é gobernadores é gobernados, si no se quisieren engañar ellos mesmos, çerrando los ojos al entendimiento; pues en este tractado hallarán de qué temer é de qué se deban rezelar los que nuevas empresas de aquestas toman, pues cada dia veo que las procuran é traen hombres al carnero, sin saber dónde los llevan, ni ellos adónde se van ni á quién siguen.

CAPITULO II.

En el qual se tractan muchos trabaxos é neçessidades, quel gobernador Pamphilo de Narvaez y estas gentes padescieron; é cómo hicieron cinco barcas para yr á buscar dónde pudiessen poblar; é cómo hirieron al gobernador de una pedrada; é cómo se vieron martas de muy finas çebellinas; é cómo se partió é desvió de la compañía el gobernador con su barca, é se perdieron las dos dellas é se ahogaron el veedor é otros; é cuéntanse otras cosas de mucha lástima.

De susso, en el capítulo preçedente, se ha dicho cómo esta gente se determinó de partirse para Aute, é assi lo pusieron en obra; é dende que salieron de Apalache, andovieron ocho ó nueve dias hasta que llegaron en Aute. Y en los malos passos é lagunas que hallaron, los indios dieron con ellos é les hirieron cinco ó seys españoles é algunos caballos, é les mataron un español. Llegados en Aute, hallaron quemadas todas las casas, é muchos mahigales que estaban ya para comer, tambien los avian quemado. É dende á dos dias el gobernador mandó al thessorero Cabeça de Vaca é á Andrés Dorantes é á Alonso del Castillo, que con nueve de caballo é cinquenta hombres á pié fuessen en busca de la mar, y él quedó con la otra gente allí, porque mucha parte de los chripstianos estaban enfermos, é cada dia adolescian más. É assi partieron estos hidalgos con la compañía ques dicho, é llevaron consigo al comisario.

Bien es de creer queste padre reverendo ya se contentara con la çelda, que dexó en España por venir á buscar á estas partes estos gremiales ó mitras, que les hacen perder el tiempo é las vidas á algunos dellos: é aun los que han servido á Dios, olvidan despues que se encasquetan essas dignidades, que los menos dellos consiguen; y pluguiesse á Dios que no se aventurassen en ello las ánimas, non obstante que los que se mueven sin esos interesses ó ambicion ó deseo de prelaçias, sino solamente por más

servir á Dios en la conversion destes indios, honesto é meritorio é sancto desseo es, y estos tales son los que acá hacen fructo; pero los demás remédiclos Dios.

Aquel dia que de allí partieron llegaron á unos baxos de la mar, adonde estovieron aquella noche; é otro dia de mañana enviaron veynte hombres á reconosçer la costa, é dixerón que no la avian podido ver, porque estaba léxos, é con esto se volvieron al real, donde hallaron al gobernador, y el contador y el veedor caydos malos, é otros muchos: é despues que allí reposaron un dia, se partieron otro adelante para aquel lugar do avian descubierto ó hallado la mar, llevando consigo todo el mahiz que pudieron, é llegaron con mucho trabaxo, porque no podian valerse con los dolientes, que eran muchos. É allí estovieron dos dias buscando é pensando qué manera ternian para salvar las vidas é salir de aquella tierra, pues pensar de hacer navios en que fuessen, paresçiales cosa imposible, porque no tenian clavaçon ni estopa, ni pez, ni otras cosas que para ello eran neçessarias: é cómo ya la neçessidad los tenia en aquel extremo, deshicieron los estribos de los caballos é los frenos y espuelas para hacer herramientas, é hicieron unos cañutos de palo, é con cueros de venados hicieron unos fuelles, é de las cosas ques dicho hicieron herramientas. É porque la gente estaba flaca é no podian trabaxar, mataban de terçer á terçer dia un caballo, que repartian é comian los que trabaxaban é los dolientes: é assi,

por comer de aquella carne, trabaxaban otros. Y en quatro ó cinco entradas que hicieron los de caballo é la gente más recia en Aute, truxeron mucho mahiz, que bastó para comer en tanto que allí estovieron, é aun para llevar; é assi començaron á hacer barcas á quatro dias andados del mes de agosto, é las calafatearon con chapas de palmitos, é dellos hicieron cuerdas, é las brearon con brea que hicieron de pinos, que hay muchos; é de las camisas hicieron velas, é de los cueros de las piernas de los caballos hicieron votas para llevar agua. En tanto que las barcas se hacían, les mataron los indios diez chripstianos que andaban pescando por aquellos baxos de la costa á vista del real, sin los poder socorrer, passados de parte á parte con las flechas.

Dende donde dexaron las naos hasta donde se hicieron estas barcas, y en todo lo que andovieron estos chripstianos, avrá hasta dosçientas ochenta leguas, poco más ó menos (al paresçer de los más que lo andovieron) y en toda aquella tierra no vieron sierra ni tuvieron noticia della. La gente es muy grande, de buenos gestos é gentil disposiçion, é son todos flecheros é muy grandes punteros, é los arcos de diez é doçe palmos luengos, é tan gruesos quassi como la muñeca del braço (en las manijas é çerca dellas) é muy reçisimos é de linda madera; y es cosa para espantar é no creedera, sin lo ver, lo que passan las flechas.

Acabáronse çinco barcas á veynte dias del mes de septiembre, las quales eran de veynte é dos cobdos de luengo; é murieronseles allí quarenta hombres, pocos más ó menos, de dolencias. Destas barcas tomó el gobernador una para sí é para quarenta é ocho hombres, é dió otra al contador é á los frayles con quarenta é siete hombres, é al thessorero é al vecdor otra con quarenta é ocho hombres; é al capitan Tellez é á Peñalosa é Alonso

del Castillo é Andrés Dorantes dió las otras dos, y en cada una dellas yban otros quarenta é ocho hombres. Acabados de comer los caballos, se embarcaron á veynte é dos dias del mes de septiembre: é cómo las barcas eran pequeñas, con los bastimentos é ropas é armas yban muy cargadas, é no llevaban fuera del agua más de un xeme; é assi andovieron siete dias por aquellos baxos, hasta que esta infelice gente llegó á una isleta pequeña que está çerca de la Tierra-Firme, y en ella hallaron unos ranchos, é tomaron allí çinco canoas. É aquel dia salieron á la costa, que hasta estonçes no la avian visto; é allí pararon las barcas, é con las canoas echaron falcas, é creçieron é subieron dos palmos más las barcas (fuera sobrel agua) é siguieron su viage. Fecho aquesto, entrando en muchos ancones que por la costa topaban, y en los baxos que hallaban, siempre la tierra les salia adelante, yendo assi navegando sin saber adónde yban.

Una noche les salió una canoa á ellos é los fué siguiendo un rato, é volvieron á ella por le hablar, é no quiso atender; é como son navios muy ligeros, fuéronse los de la canoa, é los chripstianos siguieron su camino primero. Otro dia por la mañana les tomó una tormenta, é surgieron en una isla, é no hallaron agua en ella, de la qual tenían falta grande; é allí estovieron tres dias, é cómo avia çinco que no bebían, bebieron algunos agua salada é mucha, é muriéronse por ello çinco ó seys hombres de súbito. É visto que la sed era incomportable, é aunque la tormenta no era amansada, acordaron de yr háçia aquella parte donde avian visto yr la canoa que se ha dicho, encomendándose á Dios é poniéndose en notorio peligro de la muerte: é atravesaron, é al tiempo quel sol se ponía, llegaron á una punta que hacía allí abrigo é menos mar, é salieron allí á ellos unas

canoas é los hablaron, é fueron siguiéndolos bien una legua hasta donde tenían sus casas á la lengua ó costa del agua, é delante dellas tenían muchos cántaros é ollas llenas de agua, é mucho pescado. É assi como el gobernador saltó en tierra, salió á él el caçique, é lo llevó á su casa, é le ofresçió el pescado é agua que allí tenia, en recompensa de lo qual los chripstianos le dieron quientas é cascabelles é del mahiz que llevaban en las barcas. É aquella mesma noche, estando el caçique con el gobernador, dieron muchos indios sobre los chripstianos, é mataron tres hombres que estaban echados en la costa enfermos, é descalabraron al gobernador de una pedrada. É los que allí se hallaron con él prendieron al caçique: el qual se les soltó é les dexó en las manos una manta que tenia cobijada de martas çebellinas é muy buenas, que segund diçe el thessorero Cabeça de Vaca eran exçelentes, las mejores qué avia visto, é aun todos los otros españoles dexian lo mesmo, é olian á almizque, é otras mantas tomaron de martas, pero no eran tales. É por estar el gobernador herido y enfermo, le metieron en las barcas con todos los dolientes é flacos que avia; é los indios les acometieron aquella noche tres veçes, é al fin los dexaron á los chripstianos: é fueron muchos de los indios bien acuchillados, é de los españoles muchos heridos aquella noche. É allí estovieron dos dias despues, en los quales no pudieron ver indio alguno.

De allí se partieron en sus barcas, é dende á tres ó quatro dias llegaron á entrar por unos esteros, é toparon una canoa con unos indios, é pidieronles agua; é diéronles una vassija en que la truxessen, é fueron con ellos dos chripstianos, é los indios que por rehenes avian quedado en las barcas, quisieron echar al agua é prendieronlos. É otro dia de mañana començaron á venir canoas, é los

chripstianos salieron de los esteros á la mar, y en poco más tiempo de una hora estaban ya veynte canoas é tres ó quatro señores principales indios en ellas, é traían cubiertas unas mantas de aquellas muy finas martas çebellinas é los cabellos largos é sueltos: é pidieron los indios que tenían los chripstianos, é los chripstianos les pedían los dos españoles, é los indios replicaron que fuessen con ellos á sus casas, é no lo quisieron hacer, porque la tierra era muy anegada é de muchos esteros. É como no les quisieron dar los indios, pues no tornaban los chripstianos, començaron los indios á tirar varas é algunas flechas; é assi passaron con ellos una refriega hasta que los dexaron. É se fueron adelante los nuestros é andovieron otros dos dias, al cabo de los quales la barca en que yba el thessorero llegó á una punta que hacía la costa, é detrás della avia un rio que venia de avenida, muy creçido é grande; é un poco más atrás la barca del gobernador é las otras surgieron en unas islas que estaban allí çerca: y el thessorero fué á ellos é les dixo como avia descubierto aquel rio. É porque allí no avian hallado leña para tostar mahiz é avia dos dias que lo comían crudo, acordaron de se yr á meter en aquel rio, del qual en la mar se cogió agua dulce: é yendo çerca dél, en el embocamiento la corriente grande dél no les dexaba tomar la tierra, é trabaxando por la tomar, saltó el viento en el Norte, é con él é con la mucha corriente los metió más en la mar. É navegaron aquella noche é otro dia siguiente hasta la noche, que se hallaron en tres braças de hondo, é por aver visto aquella tarde muchas ahumadas por la costa, no osaban salir en tierra de noche: é surgieron, é como la corriente fué mucha é no tenían anclas, sino unas botalas de piedra, las corrientes los sacaron á la mar aquella noche, é quando començó á ser de dia, no vieron la

tierra ni ninguna barca vido á otra. É assi el thessorero Álar Nuñez Cabeça de Vaca, ques el que esto cuenta, siguió su viage; é á hora de medio dia vido dos barcas dellas, é llegado á la primera, conosció que era la del gobernador, é ovieron habla, y el gobernador le pidió al thessorero su parescer acerca de lo que se debia haçer: el qual le dixo que recogiesse la otra barca que paresçia, é que todas tres juntas yrian donde mandasse, y él respondió que queria tomar la tierra á fuerça de remos, é que assi lo hiçiesse el thessorero con su barca. É assi le fué siguiendo obra de legua y media, é cómo la gente yba flaca é cansada, é avia tres dias que no comian sino mahiz crudo, é un puño dello por raçion, no pudieron tener con la del gobernador, que andaba más y era más ligera, é yba menos embaraçada. Y el thessorero rogó al gobernador que le hiçiesse dar un cabo á su barca, y él dixo que no lo podia haçer: que hiçiesse lo que pudiesse, que no era tiempo de aguardar á nadie, sino que cada uno procurasse de escapar la vida. No lo dixo assi aquel memorable conde de Niebla, don Enrique de Guzman, que por recoger á otros, recogíendolos en su barca, se hiñchó de tantos qué y ellos se ahogaron en Gibraltar¹; pero el thessorero é los que yban con él no le pedian á Narvaez que los tomasse en su barca, sino que les diesse un cabo de una cuerda para que su barca ayudasse á andar á la otra: que ya que se le diera, estaba en su mano soltarle quando quisiera, conviniéndole.

Tornando á la historia, oyda la impudosa respuesta del gobernador Pamphilo, el thessorero le siguió un rato hasta que se perdió de vista; y estonçes el thessorero arribó sobre la otra barca que yba metida en la mar, la qual aguardó, y era

la que llevaba Peñalosa y el capitan Telez. É assi juntas estas dos barcas, navegaron tres horas hasta la noche, é con la grand hambre que llevaban, é con averse mojado la noche antes con las olas de la mar, yba toda la gente cayda, é no avia çinco hombres diestros. É assi pasaron aquella noche, é al quarto del alba el mestre de la barca del thessorero echó la sonda, é halló siete braças de fondo; é porque la reventaçon era muy grande de las hondas, se tovieron á la mar hasta que amanesció, é se hallaron á una legua de tierra, é pusieron la proa en ella, é plugo á Dios que salieron en salvo. É luego el thessorero envió un hombre á unos árboles que se paresçian, para que dende ençima dellos viesse la tierra, é volvió é dixo que estaban en isla. É luego volvió á atalayar si veria algun camino ó vela, é tornó en la tarde é dixo que avia hallado é traia un poco de pez, é tras él venian tres indios, é tras aquellos otros dosçientos todos flecheros; é tenian las orejas horadadas é por ellas metidos unos cañutos de cañas. Y el thessorero y el veedor salieron á ellos é los llamaron, y ellos vinieron, é les dieron los chripstianos de los rescates que llevaban, é cada uno de los indios dió una flecha en señal de amistad, é dixeron por señas que otro dia, en saliendo el sol, les traerian de comer á los chripstianos. É assi lo hiçieron; porque luego otro dia por la mañana volvieron é truxeron pescado é unas rayçes de las quellos comian, é otro dia siguiente hiçieron lo mesmo: é allí se proveyeron de agua é se embarcaron para seguir su camino. É para echar la barca al agua, se desnudaron, é yendo assi metiéndola á la mar, les dió un golpe de agua por la proa é mojó la una banda por donde yban remando, é con el agua y el frio soltaron los remos, é atravessó-

¹ Johan de Mena en sus *Tresçientas*, é su comentador en la copla CLIX é dende adelante.

se la barca: é dióles luego una ola otro golpe de mar é trastornóla, y el veedor é otros dos se asieron á ella, é los tomó debaxo é los anegó, é los demás escaparon encueros, sin salvar cosa alguna de quanto llevaban. Y estovieron aquel dia en la costa con muy grandissimo frio hasta la tarde, que tornaron los indios á verlos, é cómo los hallaron assi, començaron á llorar con los chripstianos, como quien se dolia de su trabaxo; é assi el thessorero les rogó que los llevassen á sus casas (y ellos lo hiçieron) á dó esto-

vieron aquella noche: é otro dia de mañana les dixeron los indios que avia otros como los chripstianos çerca de allí, por lo qual el thessorero envió dos hombres á saber quién eran, é hallaron que era Alonso del Castillo é Andrés Dorantes é toda la gente que en su barca yban: la qual assimesmo avia dado al través en la mesma isla á çinco de noviembre, é la del thessorero avia salido otro dia adelante á la costa. Los quales partieron con el thessorero é su compañia de la ropa é comida, que era bien poca.

CAPITULO III.

En que se tractan otros nuevos trabaxos de aquesta gente, é cómo se perdió el capitan Pamphilo de Narvaez, é cómo estos pecadores españoles vinieron á tanta neçessidad que entrellos ovo de comida que los unos fueron manjar de los otros; é otras desaventuras se cuentan nunca oydas ni padescidas, ni tan largas é continuas como aquesta gente tuvo, con que los más ó quassi todos se acabaron.

Quando el thessorero Cabeça de Vaca é los de su barca se juntaron con los de la otra que tambien avia dado al través, segund se dixo en el capítulo preçedente, acordaron de adobar su barca é yrse en ella, é puesto en obra, lo mejor que pudieron la adobaron y echaron al agua; pero no se pudieron sostener en ella de broma é otras faltas, é assi ovieron de dar en ella al través, é acordaron de invernarse en aquella isla por no poder haçer otra cosa. Y enviaron á un hidalgo llamado Figueroa, é con él otros tres chripstianos é á un indio, para que se fuessen á Panuco (creyendo que estaban çerca de Panuco) é que diessen aviso de dónde é cómo quedaban essotros; pero á cabo de çinco ó seys dias se les començó á morir la gente, é fué tanta la hambre, que se comieron çinco hombres unos á otros. Dió assimesmo una dolencia de estómago en los naturales de la tierra, que se murieron la mitad dellos, é viendo esto los indios, tenian pensado de matar essos pocos chripstianos que

quedaban vivos, é decian quellos les avian llevado aquel mal é pestilencia á la tierra. É quiso Dios que un principal dellos dixo que no se avia de haçer assi, ni debian creer que aquellos chripstianos les avian traydo tal enfermedad, pues vian quellos tambien se avian muerto é no quedaban sino muy pocos, é que si los chripstianos ovieran llevado aquel mal, que no se avian de morir. Assi por esto que dixo aquel principal dexaron de matar á los chripstianos.

Segund ellos estaban, más crueldad fué para los españoles dexarlos vivos é no matarlos, que no conservarlos con essa piedad en tanta penitencia é hambre é suplicio, pues que se estaban dos ó tres dias sin comer bocado. É á causa de estar todos enfermos é morirse como se morian los naturales, acordaron de se pasar á la Tierra-Firme á unos anegadiços é paludes á comer ostiones, los quales comen tres ó quatro meses del año los indios, sin comer otra cosa alguna; é padescen mucha hambre, é grandissimo tra-